

LAS CARTAS VIOLADAS

TODAVIA, a estas alturas, el estreno de la democracia proporciona algunas que otras sorpresas, e incluso a niveles de periodismo provinciano puede haber como pequeños Watergate, capaces de inquietar al país entero ante el descubrimiento de hechos que parecen inconcebibles, sobre todo, a estos niveles de evolución política en que andamos.

La noticia de que la correspondencia, que todos consideramos como algo tan personal e intransferible, tan íntimo, tan protegido, según especifican todas las legislaciones del mundo y las más elementales normas de respeto a los Derechos Humanos; la noticia, decía, de que la correspondencia es manipulada por alguien de rostro ignorado, de ignoradas

intenciones y de no menos ignorada servidumbre, surgió precisamente en Galicia, en una de cuyas cuatro capitales de provincia indagó, preguntó, investigó un periodista —Gabriel Plaza—, redactor de «El Ideal Gallego», de La Coruña, para soltar la bomba, que en seguida hizo explosión en la expectación nacional.

La cosa parece ser que ha sorprendido incluso al propio director general de Correos y Telégrafos, y se ha pretendido desinflar sobre el supuesto de una legislación internacional que autoriza a determinadas manipulaciones con los envíos postales por aquello de combatir el tráfico de cosas tan desigualmente peligrosas como pueden ser las drogas, el dinero o la pornografía.

En cualquier caso, el trabajo de Gabriel Plaza ha constituido algo más que un éxito periodístico, para ser algo así como una llamada de atención hacia muchas formas de intromisión en la vida privada del hombre, que, precisamente por ser ignorados por la generalidad de la gente, es por lo que se ofrecen más sibilinamente peligrosas.

Excuso decirles lo que en una tierra de gentes tan justamente recelosas como es Galicia ha supuesto esta noticia, y nadie descarta la posibilidad de que así como uno puede leer una carta donde se le envía un testimonio personal, acaso íntimamente confidencial, que ya ha sido conocido por un tercero, sin que él tenga la menor noticia de ello, otro tan-

to podría suceder, en iguales condiciones de ignorancia, con sus conversaciones telefónicas, e incluso, si las ciencias siguen adelantando tanto, con sus propios pensamientos.

Desde la periferia uno se siente halagado de que la labor, generalmente modesta, de este periodismo provinciano pueda, de vez en cuando, ofrecer un servicio a la comunidad y, sobre todo, a la democracia, como este que las páginas de «El Ideal Gallego», de La Coruña, prestó en la mañana de un domingo, adentrándose con objetividad y con sentido responsable en una información que hace sólo un par de años hubiera parecido realmente insólita.

Luis CAPARROS
(La Coruña.)